

ADIOS, MAESE

La luz crepuscular acentuaba aún más sus rasgos, marcados a sol y viento sobre su piel, y alargaba su sombra tanto que parecía querer escaparse de él harta de seguirle a rastras por tantos caminos como había andado.

En su mirada, escondida en el fondo de unos ojos sumergidos en el pozo de los recuerdos, se adivinaban infinitos matices, como una Gioconda mugrienta, cuyo único misterio fuese el brillo sutil que todavía emanaba de ellos.

No había en ellos rencor, ni pena, ni alegría ni dolor. No había miedo, ni llanto, tal vez dolor, tal vez no. Solamente había vida o ¿también había amor?. Nadie lo hubiera sabido por más que cualquiera se hubiese molestado en intentarlo, cosa que por otro lado, nunca había ocurrido. En su caminar cansino se podían contar los pasos que había tenido que dar hasta llegar a ningún sitio, y ya los había descontado de los que le quedaban por dar. ¿Cuántos más?.

Se estaba yendo en silencio, solo, fundiéndose con las sombras, y haciéndose más y más pequeño conforme se alejaba de aquellas casas que nunca le habían servido de morada ni de asilo, que eran como cajas donde se guardasen con celo de no perderlas, todas las virtudes y todas las miserias humanas.

Nadie iba a echarle de menos, como nadie le había echado de menos hasta entonces en ningún lugar por el que había pasado. Nadie iba a sentir su marcha, nadie recordaría siquiera que había estado allí, porque nadie se había preocupado de ver si, bajo aquellas polvorientas ropas, había algo que pudiera ser un ser humano.

Y sin embargo continuaba su camino, feliz y libre como siempre se había sentido, soñando con los amaneceres que seguirían iluminando el sendero de su vida, oyendo la vida intensa de los bosques con la orquesta afinada de los arroyos y de las aves. Observaba el lienzo coloreado del atardecer con el mismo asombro que si hubiera sido la primera vez. Todo seguía en su sitio, ordenado y preciso como la maquinaria de un reloj, del que él era una pieza más que hacía funcionar el conjunto sin saber por qué.

El estaba donde tenía que estar, sin más. El no buscaba nada y por ello nada le faltaba. El solamente caminaba y caminaba. El solamente vivía. El solamente sentía.

- ¿ A dónde vas, maese? Le sorprendió la voz de un niño que le había seguido en silencio .
- Voy a ninguna parte, en busca de más recuerdos, de más emociones que a nadie podré contar.
- Pues cuéntamelas a mí, tengo tiempo de oírlas y ganas de escucharte.
- Ya es tarde, te esperan en casa y el sol apenas es capaz de mantenerse a flote por encima del horizonte.
- Nadie me espera, maese, estoy tan solo como tú y voy buscando mi vida allá donde esté.
- ¿me dejas acompañarte?
- Ya lo estás haciendo, así que sigamos caminando y cuéntame tu historia...

De este modo siguieron unidos más allá del invierno y de la primavera y del resto de sus vidas que, a fin de cuentas, era la misma vida. Compartieron todo lo que tenían, sus ilusiones y sus atardeceres, sus temores y sus angustias, sus bosques y sus arroyos, compartieron todo y más, con generosidad y sin reservas.

Nadie más me ha sabido decir dónde pueden estar ahora, aunque tampoco nadie se ha preocupado por encontrarlos. Yo estoy convencido de que están muy cerca de todos, mirando entre las sombras de nuestro egoísmo, escondidos para no ser vistos y velando por mantener viva la ilusión y la limpieza de espíritu que siempre les ha movido. Y siento que alguno de ellos puedes ser tú mismo, que ahora lees estas humildes líneas. Si fuese así no te descubras y simplemente esboza una leve sonrisa y recibe con cariño mi gratitud por habernos traído tu historia y mi adiós, maese, porque sé que nunca más podré volver a contar tu vida.

Nota: Quiero daros las gracias por haberme leído y animado a seguir escribiendo, pero yo también debo despedirme, ya que sin maese no hay nada interesante que contar. ¿O sí?. Bueno ya veremos...